

MESA Y MANTEL: SINHOGARISMO, COMENSALIDAD Y EDUCACIÓN SOCIAL.¹

Emilio Alanís Gutiérrez
Graduado en Educación Social. CSEU La Salle
emilioalanisg@gmail.com

Recibido: 05.07.2021
Aceptado: 23.09.2021

Resumen

La comensalidad va más allá del alimento, involucra una serie de relaciones sociales poco potenciadas en los tradicionalmente llamados: comedores sociales. La siguiente investigación cualitativa con orientación comunicativa, tuvo como objetivo identificar las acciones y prácticas transformadoras, así como las barreras o limitaciones llevadas a cabo en un recurso para personas sin hogar, específicamente en un comedor colaborativo. La investigación se encuadró dentro de la experiencia del comedor colaborativo Arima Abuba de la Asociación Alucinos La Salle, al sur de Madrid. Los principales resultados que arrojó el análisis de los datos fueron la importancia del encuentro frente a la soledad vivida y la pertenencia a un proyecto colectivo, la colaboración como oportunidad y no como obligación y la disposición de un espacio físico que sientan como propio. Se constata que este tipo de intervenciones sociales ayudan a las personas sin hogar en su vida diaria, brindándoles un espacio en donde pueden ser ciudadanos plenos, con la capacidad de ayudar y ser ayudados por otros, reconocer a los demás y ser reconocidos como parte activa de la sociedad.

¹ El siguiente artículo surge como resultado del Trabajo Fin de Grado para obtener el título de Educador Social por parte del CSEU La Salle de Madrid. Agradezco a las personas que han contribuido en la realización de esta investigación, en especial a la Asociación Alucinos-La Salle la cual siempre estuvo solícita a mis inquietudes investigadoras y al Prof. Alejandro Martínez.

Palabras clave

Personas sin hogar, comedor social, intervención social, comensalidad, educación social.

TABLE AND TABLECLOTH: HOMELESSNESS, COMMENSALITY AND SOCIAL EDUCATION

Abstract

Eating goes beyond food, it involves a series of social relations that are not very much enhanced in the traditionally called: soup kitchens. The following qualitative research with a communicative orientation aimed to identify the transformative actions and practices, as well as the barriers or limitations carried out in a resource for homeless people, specifically in a collaborative canteen. The research was framed within the experience of the collaborative canteen Arima Abuba of the Asociación Alucinos La Salle, in the south of Madrid. The main results of the data analysis were the importance of encounter as opposed to the loneliness experienced and belonging to a collective project, collaboration as an opportunity and not as an obligation, and the provision of a physical space that they feel as their own. It can be seen that this type of social intervention helps homeless people in their daily lives, providing them with a space where they can be full citizens, with the ability to help and be helped by others, recognise others and be recognised as an active part of society.

Keywords

Homelessness, soup kitchen, social intervention, commensality, social education.

Introducción

En pleno siglo XXI cerca de 2800 personas duermen en las calles de Madrid (2019). Este número, naturalmente, responde a una realidad previa a la pandemia por COVID-19, pero se puede asegurar que las cifras no han mejorado.

Dormir en las calles se traduce en múltiples incertidumbres: alojamiento, alimentación, salud y seguridad son solamente algunas de ellas. Esta investigación se centró en los espacios de comensalidad comunitaria mejor conocidos como comedores sociales; concretamente en el Comedor Colaborativo Arima Abuba² de la Asociación Alucinos La Salle.

Surge esta propuesta tras revisar las memorias de distintas instituciones y descubrir una clara tendencia a responder cuantitativamente a la necesidad alimenticia. Cifras, porcentajes y euros llenan las páginas de los diversos informes y reportes. Sin embargo, pensando en la compleja realidad que supone un comedor social y en las múltiples necesidades de las personas sin hogar (en adelante PSH) que hacen uso de ellos, no se utiliza dicha situación como un espacio de socialización y encuentro. Se plantean como recursos asistenciales que ayudarán y darán pie a que después en otros planes y proyectos de las distintas asociaciones y fundaciones se intervenga profesionalmente con los usuarios.

Como resultado de la observación participante se puede constatar que en Arima Abuba la oportunidad de comer juntos es en sí misma una intervención social capaz de transformar realidades, tanto personales como sociales. Esta correspondencia entre los alimentos y la vida social la señala bien Fischler al decir que “el hombre biológico y el hombre social, la fisiología y lo imaginario, están estrecha y misteriosamente mezclados en el acto alimenticio” (1995: 15).

Continuando, no es algo fortuito que, de acuerdo al *Plan de Inclusión para las personas sin hogar de la Comunidad de Madrid*, al hablar de las PSH diga que “la mitad carece de vínculos personales, un tercio pasa el día solo y otro tercio con otras PSH”. Agrega también que el 53,2% “no tiene ningún amigo” (2016: 31). Si pensamos en la futura reinserción a la sociedad de las PSH, la falta de espacios

2 “El alma de la abuela” en vasco.

de relación social complicará esta transición (Arias González et al., 2004). Por esto, los comedores sociales, atendiendo a una realidad social para muchos ignorada –que no desconocida– necesitan apoyarse cada vez más en investigaciones que aporten herramientas para la transformación social de sus miembros (De la Fuente Roldán, 2016). Las prácticas que articulan este proyecto de comedor colaborativo llevan a pensar cómo es que el encuentro entre personas, los proyectos colectivos y lo espacios ayudan y facilitan la intervención socioeducativa con las PSH.

La intervención social desde otros escenarios:

Comensalidad y PSH

La cotidianeidad que supone el hecho de comer, hace que la reflexión sobre el impacto que tiene sobre la vida, tanto personal como social, sea poca. “La alimentación es, en efecto, una función biológica vital y al mismo tiempo una función social esencial” (Fischler, 1995: 14). Mantener este puente entre alimento-sociedad es fundamental a la hora de decir algo sobre la comensalidad y sus efectos en los ciudadanos.

Grignon recuerda que la comensalidad es la reunión de personas que buscan satisfacer mediante recursos materiales y simbólicos las necesidades biológicas alimenticias (2001). Comensalidad, en su sentido literal significa “sentarse a la mesa”, de ahí que mantenga una estrecha relación con aquellos «con los que nos sentamos a la mesa a comer» (Fischler, 2011). Aun así, al hacer una reflexión profunda, se tienen que tomar en cuenta tanto el elemento alimenticio; como el elemento relacional, esto es, las interacciones sociales que viven las personas que participan de él (Giacoman, 2016).

Existen distintas formas de aproximarse al fenómeno comensal, esto porque el hecho de comer juntos es distinto para cada grupo de personas reunidas. Las personas con las cuales comemos moldean el comportamiento, las normas y la interacción que acontece. Los diversos espacios donde ocurre la alimentación varían en sus formas y perfilan que las relaciones sociales tomen notas más privadas o públicas, cotidianas o extraordinarias.

En Arima Abuba ocurre una comensalidad *híbrida*, porque resalta los aspectos hogareños como lo son la informalidad, la cercanía y la hospitalidad; reservados comúnmente a una esfera privada, y permite vivirlos de formas diversas en un espacio público como lo es un comedor social o una asociación (Marovelli, 2019). Esto ocurría gracias a diversas características particulares del comedor. Por un lado, tanto las figuras profesionales como los voluntarios y las PSH se sentaban a la mesa a comer juntos después de ellos mismos haber preparado sus alimentos. Esta forma de comprender la habitual idea de “comedor social” y otorgarle la característica de la “colaboración” rescata elementos necesarios para ayudar de forma más eficaz a las PSH. Exige, al mismo tiempo, flexibilidad y creatividad por parte de los profesionales y voluntarios. Por otro, la presencia de pocos comensales fomentaba las relaciones entre ellos, cuestión que los comedores sociales tradicionales difícilmente pueden lograr por los grandes números de personas que llaman a sus puertas.

Sin duda esta forma de intervención cambia los escenarios en los que comúnmente ocurre la llamada “acción social”. Dicha manera de intervenir facilita la posibilidad de que las personas se involucren en su propia recuperación, ya que los posiciona en una situación crítica ante sus problemas (Freire, 2009). La acción socioeducativa en Arima Abuba acontecía en la cocina, con la mesa y el mantel dignamente colocados.

Con todo, la intervención socioeducativa en un contexto como el que aquí se expone sigue siendo desafiante, como se verá en los resultados de la investigación. Las diversas experiencias subjetivas que tienen las PSH deben ser tomadas en cuenta para una certera intervención social³.

³ Existen algunas generalidades en las características de las PSH. Ofrezco aquí algunas otras investigaciones ordenadas por temas que pueden dar luz al momento de intervenir con PSH, siempre con la advertencia de que la heterogeneidad del colectivo es indudable. Sentimientos relacionados con la soledad (Arija & Herrero, 1998; Bachiller, 2013; Baptista et al., 2017; Cabrera & Rubio, 2009; Marovelli, 2019; Vázquez, 2001) Desarraigo y desafiación social (Bachiller, 2010; Escribano, 2014; Sánchez, 2017) 2008 Fomento y reconstrucción de la dignidad humana (Bachiller, 2010; Booth et al., 2018; Cabrera & Rubio, 2009; Escribano, 2014; Muñoz et al., 2003; Vázquez, 2001)

Metodología de la Investigación

El objetivo de esta investigación fue identificar los aspectos transformadores y limitaciones en la acción socioeducativa de las iniciativas de dicho comedor colaborativo. Se utilizó una metodología cualitativa con una orientación comunicativa (Gómez et al., 2012). Para la recopilación de datos se utilizaron dos herramientas: la observación participante a partir de visitas recurrentes al comedor; así como entrevistas en profundidad con aquellas personas participantes del comedor colaborativo.

La observación participante consistió en la preparación y elaboración de los alimentos, así como en su consumo, encontrándome como uno más del grupo dentro del comedor colaborativo. Las personas entrevistadas se eligieron en función de sus perfiles y la relación que tienen con el comedor. Con ello se logró tener una visión desde el área profesional, del voluntariado y de los usuarios. He cambiado los nombres de los entrevistados para guardar su privacidad. Se despliegan así, en las siguientes viñetas con las características de cada uno:

- **Toño:** Participante del comedor colaborativo. Tres años en situación de calle. 51 años. Hombre.
- **Luis:** Participante del comedor colaborativo. Año y medio en situación de calle. 62 años. Hombre.
- **Carmen:** Participante del comedor colaborativo. Año y medio de conocer el comedor. Residente del barrio de San Fermín. 53 años. Mujer.
- **Víctor:** Miembro del equipo profesional de Alucinos La Salle. Técnico de empleo y diplomatura de relaciones laborales. Máster de Mediación. 29 años. Hombre.
- **Joaquín:** Voluntario del comedor colaborativo. Ingeniero superior industrial en especialidad eléctrica. 60 años. Hombre.

- **Iñigo**⁴: Director y fundador Alucinos La Salle. Lic. en Ciencias de la Información (Periodismo). Máster en Criminología y Ciencias Forenses. 56 años. Hombre.

Tras las observaciones y las entrevistas surgieron las categorizaciones que presento a continuación. La gran mayoría giran alrededor del concepto de “encuentro”, de ahí se puede decir que si algo facilita el comedor colaborativo son las relaciones sociales entre sus participantes. Las cuatro categorizaciones que se desprenden de la investigación son: el encuentro frente a la soledad, la pertenencia a un proyecto colectivo, la colaboración como oportunidad y no como obligación y la disposición de un espacio físico que sientan como propio. Paso a desarrollar detenidamente cada una de ellas.

Resultados

El encuentro frente a la soledad

Las distintas personas que participaban del comedor colaborativo daban cuenta de lo positivo que era tener la oportunidad de encontrarse con otras personas. Las experiencias previas de los participantes hacían que valoraran de forma particular tener un espacio social en el cual conocer a otras personas en condiciones similares a las de ellos y ellas.

Es justo decir que la soledad era un sentimiento recurrente en los diálogos informales que se compartieron en el tiempo de las observaciones participantes. La posibilidad de relacionarse con otros desde un terreno de iguales y en un espacio seguro era algo valorado positivamente. Parece evidente que, ante los sentimientos de soledad claramente presentes en las historias de los participantes, la respuesta sea ofrecer un espacio de relación entre personas. Con todo, no es tan sencilla la cuestión, ya que propiciar espacios de relación involucra fundamentalmente, una mutua implicación de sus participantes. No se puede hablar de relaciones entre personas cuando solamente co-existen unos con otros llevando vidas paralelas. Conseguir el encuentro entre personas con historias y experiencias tan diversas

4 Único nombre que no es pseudónimo.

supone un esfuerzo tanto de los participantes como de los profesionales.

En este sentido, el crear un espacio de encuentro deviene en situaciones de acompañamiento entre los sujetos, pero también de conflicto. Las relaciones entre personas no pueden quedar ajenas de disrupciones y malos entendidos. Esto quedó claro cuando Víctor comentaba que: “trabajas con perfiles tan distintos que te tenías que ubicar muy bien y luego la propia convivencia era muy complicada, había discusiones, también había buen rollo. Vale, había de todo”. Esto es una evidencia en las relaciones humanas, la relación genera encuentros y des-encuentros. Continúa Víctor diciendo: “la soledad estaba, y está por una serie de circunstancias (...) y al final el comedor es un espacio que te proporcionaba compañía, hasta una discusión te proporciona compañía, es un punto de encuentro”. Joaquín, voluntario, también notaba: “las ganas y la necesidad que tenían (los usuarios) de hablar y ser escuchados”.

Conforme a lo observado, además de la compañía y la evidencia de tener personas a su alrededor este proyecto no solamente daba la oportunidad de poder charlar o pasar el tiempo. A este respecto, más de alguno mencionó la importancia de este grupo en su desarrollo personal y en la fortaleza que les brindaba estar con los demás frente a problemas personales como el alcoholismo. Toño mismo comentaba que Arima Abuba le ayudaba: “a no caer en tentaciones como caía antes, como por ejemplo la bebida”. Carmen hablaba de la ansiedad que le generaba comer sola, mientras que el comedor le proporcionaba autocontrol. Se demuestra el poder que brota de la participación de un grupo como fuerza y apoyo, y no solamente como la compañía en momentos denominados de “soledad”.

Pertenencia a un grupo

Parece pertinente reiterar que este encuentro cotidiano gestaba en las personas el sentimiento de formar parte de algo. Las mismas prácticas utilizadas en el comedor, en las cuales primaba la colaboración aun para realizar las tareas más simples y efímeras como lo es el cocinar o limpiar las áreas comunes, lograban la implicación de los sujetos mediante la construcción de algo colectivo. Más adelante se hablará de la colaboración y las diferentes significaciones que los participantes

otorgaban a ella. Por ahora decir que la participación de “micro-proyectos” generaba un reconocimiento en la pertenencia del grupo.

Continuando, algunos de ellos comentaban la poca o inexistente relación que tenían con su familia, y que habían encontrado en este lugar algo similar, en palabras de Toño: “como otra familia”. Sin embargo, no todos hacía la misma alusión a la figura familiar para explicitar dichas relaciones. Una de ellas, Carmen, mencionaba que: “realmente no es mi familia, somos compañeros. Estoy a gusto porque estoy a gusto, pero familia familia no, porque nunca podremos ser familia”. Aun así, señalaba que “es un lugar para poder estar, poder compartir, charlar”. Es posible decir que, a pesar de que no se utilice la forma específica de la familia, si valora la experiencia como algo positivo en su vida. Esta forma de relacionarse entre los participantes era una práctica realizada y potenciada desde los inicios del proyecto, Iñigo comentaba que:

“cuando ya llegan a sentarse a la mesa nuestra la relación que se mantiene con ellos es una relación de pertenencia, ya de formar parte de algo. Esa sensación de familia, de pertenencia, es el primer cambio yo creo que se produce fundamentalmente en estas personas.”

Si se piensa en las diversas causas para que una persona llegue a vivir en la calle, se puede constatar que una es el desarraigo del núcleo familiar y/o social. Por tal motivo, el hecho de que se primara la pertenencia desde el inicio en un recurso como este hace que las personas eventualmente se vayan sintiendo parte de él, porque en efecto lo son. Pequeños gestos como esperar a todos a la mesa para comenzar a comer o preguntar por el que no ha podido llegar a tiempo fueron comprobaciones que ocurrieron en diversas ocasiones. Unido a esto anterior la pertenencia entre ellos y ellas, en otras palabras, la sensación de ser un grupo, resultaba también en relaciones de cuidados de unos para con otros.

La colaboración como oportunidad y no como obligación

En el comedor colaborativo se extiende una oportunidad para participar a los comensales, no es una obligación ni requisito para pertenecer. Esta fina línea de acción

puede ocasionar que algunos dejen de colaborar en las tareas cotidianas y sigan haciendo uso de los servicios (comida, duchas, sanitario, camas) que ahí obtienen. También puede ocurrir que personas dediquen más empeño y esfuerzo en sus tareas, dejando en la evidente pasividad a los otros. Ante las preguntas surgidas sobre el equilibrio de tareas de los participantes se preguntó directamente a su director:

“Es un comedor colaborativo, pero no como una obligación impuesta, es decir, si lo convertimos en que aquí todo el mundo que viene tiene que formar parte de esta estructura que estamos creando, estamos imponiendo a los demás una serie de criterios que a lo mejor ellos personalmente no están en ese momento de su vida para poder asumir.”

Hay que comprender muy bien esta cuestión, no es sencillo sortear entre las necesidades personales y las grupales. Evidentemente no se echaba a la gente que no colaboraba, porque algunos estaban viviendo momentos muy delicados en sus vidas personales. No se puede exigir que una persona limpie un pasillo para tener un plato de comida cuando acaba de volver del hospital con una enfermedad mal atendida, o cuando por la noche ha tenido una pelea callejera, o cuando se percata de que su familia ya no quiere tener más relación con él o ella. Aun así, el proyecto está montado para que eventualmente las personas se involucren y comiencen a participar con los demás. Como hemos visto antes, esta práctica es clave en la recuperación y la reinserción a la sociedad.

Atendiendo esto último, es necesario puntualizar que no todos los participantes entienden la colaboración desde las mismas premisas. Luis decía que: “nos levantábamos, fregábamos y hacíamos cosas; yo hacía el servicio, la ducha ...”, en su respuesta marcaba las acciones concretas, sin aportar mucho detalle e incluso ignorando lo que hacían los demás por él. Toño matizaba un poco más: “A lo mejor uno solo barre, bueno, ya está haciendo algo (...) Cada uno tenía un cometido diario por decir eso, pues, tú me ayudas yo te ayudo”. Continuaba diciendo: “es una forma de agradecer a la Asociación que me deje permanecer aquí (...) yo sé hacer esto, pues os ayudo haciendo esto mientras vosotros me ayudéis a hacer otras (cosas) que yo no sé hacer”. El reconocimiento que hace él mismo de ser capaz de aportar algo a los demás y también recibir aquello que necesita de los otros es una confirmación de cómo la colaboración, cuando no es impuesta, genera vínculos y relaciones recíprocas.

Para llevar esto a cabo también es necesario un cuerpo profesional que pueda ayudar a gestionar las actuaciones de los participantes. Esto más a modo de orientación que de diligencia. Víctor decía que: "...había dos que colaboraban, el resto no (ríe). Y entonces tenías que ir ajustando, establecer las normas, una serie de criterios (...) al final había mucho trabajo de educación de calle."

Con todo, existía en el grupo de participantes una consciencia sobre la naturaleza del proyecto y lo que se esperaba de ellos y ellas. El concepto de colaboración era una opción deseable, pero no una obligación. Ésta es una clave transformadora en la intervención que se realiza. Las conclusiones que ofrece Íñigo parecen pertinentes porque clarifican este hecho y el posicionamiento de los profesionales: "Por lo tanto, sí estamos jugando con los dos términos: comedor colaborativo, porque el proyecto es que tú colabores con otros (...) pero a la vez un comedor social porque nadie te va a obligar a hacerlo." Este sentido de libertad dentro del proyecto y de la Asociación, es también rescatado por Carmen cuando confirma desde su experiencia personal que: "he ido, no he ido, he decidido yo, no me han obligado, me han dejado ser como soy. Si está mal también me han ayudado, si estoy mal me han levantado, me han ayudado en muchas cosas". En suma, y utilizando las palabras de Joaquín: "la gente tiene que sentirse no obligada, sino desear participar".

Disponer de un espacio físico que sientan como propio

Quien tenga la oportunidad de recorrer los espacios de los que hacían uso los participantes de Arima Abuba, tendrá la certeza de lo que se expone en estas líneas. En las distintas observaciones y recorridos informales ellos y ellas comentaban que tal persona, había hecho tal o cual mueble. Que el otro día habían tenido que arreglar las puertas porque se estaban desajustando. Esta vida impregnada en los espacios es fundamental para la pertenencia al lugar. El hecho de tener un espacio físico que cuidar y atender es algo que tanto profesionales, voluntarios y participantes pusieron en valor. Las relaciones sociales y la misma intervención social que en el comedor se da, son facilitadas por el ambiente en el que se encuentran los miembros. Muchas veces se pasa por alto la importancia de los espacios, sin embargo, no se puede olvidar que son los escenarios donde después acontece la intervención. De tal manera que el cuidado y empeño que se ponga en ellos condi-

cionará en menor o mayor medida las actuaciones que ahí acontecen. De esto da cuenta Víctor:

“Me facilitaba que estuvieran cómodos, si ellos están en un sitio cómodo a mí me facilitaba (...) intervenir con ellos. Cómodos me refiero no solo a la comida, sino que estén calientes, la decoración, que al final son los detalles.”

Esto mismo lo mencionaba también Joaquín: “Aquí no se trataba de alimentar a unos señores y señoras que estaban en la calle. Se trataba de darles un pequeño hogar, es más un acogimiento.” Unido a esto, existían de entre las personas un respeto a los lugares comunes que exigía, en palabras de Toño: “un mínimo de limpieza, un mínimo de respeto a los demás”. Es decir, que la dignificación de los espacios creaba una relación diferente de los sujetos para con ellos. Ya no era un comedor, era *nuestro comedor*.

Cambio de relación con las personas de referencia

Resultado del encuentro alrededor de una mesa, la intervención de los profesionales y voluntarios con los demás participantes se realiza desde la cercanía y el acompañamiento. El ejercicio de sentarse en una mesa y compartir los alimentos permite que las relaciones entre todos los participantes cambien, posibilitando distintos resultados a los de modelos tradicionales. Las fronteras simbólicas presentes en otros recursos aquí eran menos rígidas. Muchos momentos de acompañamiento a recursos, a solicitar la RMI, o ir a médico, fueron posibles gracias al clima de confianza que imperaba en el proyecto. Como consecuencia de ello, las relaciones con las personas de referencia se vuelven más próximas. Víctor decía desde su experiencia:

“Incluso se veía el progreso, te enfadabas, discutías, te reías, llorabas, eso, por ejemplo, lo daba mucho el comedor, era un punto de encuentro al final, pero de encuentro de las personas con los trabajadores, no había tanta diferenciación entre el técnico y el “usuario” que llaman en otras entidades. Esa barrera estaba más diluida por lo tanto trabajabas mucho más cómodo.”

Carmen compartía que a ella le gustaba ir al comedor: “por la gente como vosotros (los profesionales) ... voy por vosotros porque estoy a gusto con vosotros”. La cercanía y la confianza que surgen a partir de los hechos cotidianos, como la comida, ofrece nuevas formas de intervención social o, refuerza las que previamente existían. La misma Carmen decía que: “Yo ir al despacho, ¿pa’ qué?”, y miraba con tono irónico. Los participantes tienen en alta estima la referencia y acompañamiento de los profesionales.

Aun así, también habrá que decir que no llegaban a ser completamente iguales; situación que se encuentra necesaria. Es decir, los profesionales no son iguales a los llamados “usuarios” porque existe un poder inherente a los primeros que les atraviesa, lo quieran o no, y del cual no pueden escapar. Pensar que no existe esta asimetría entre unos y otros es algo ilusorio y poco profesional. Lo que se reveló en aquellas visitas al comedor colaborativo eran unas relaciones profesionales que, al ser presentadas desde la mesa y no desde el despacho, generaban un clima de mayor familiaridad. Esto permitía una intervención horizontal sin desacreditar a ninguna persona.

Discusión de los resultados

La primera categoría que señalamos es la importancia que tiene el encuentro con otras personas que los participantes del comedor colaborativo experimentan. Esto ya lo mencionaba Marovelli (2019) al describir que en las propuestas de intervención social que envuelven el fenómeno de cocinar y comer juntos (comensalidad) –muy similar a la experiencia en Alucinos– permiten crear lazos entre los participantes incrementando el pensamiento y acción comunitaria.

Por otro lado, y pensando en las posibilidades de un modelo colaborativo de comedor en lugar de uno de corte más asistencial, Kraemer & Arnaiz (2015) señalan que la socialización que la comensalidad ofrece se debilita en la medida en que los comensales no eligen con quienes comer. A ese respecto, dicha investigación no coincide con los resultados de ésta. En el comedor analizado tampoco eligen los comensales con quién se sientan a la mesa y, la socialización sigue presente. Parte

de esta discrepancia, se intuye, es porque el comedor analizado por Kraemer & Arnaiz responde a un modelo no colaborativo.

Siguiendo esta misma línea de reflexión, en dicha investigación (Kraemer & Arnaiz, 2015) se hace mención sobre la importancia que tiene la comida por encima de las relaciones sociales. En este sentido, y llamando mucho la atención al respecto, no coincide con lo observado en el comedor colaborativo. Los participantes no mencionan que acudan al comedor colaborativo para solventar su necesidad alimenticia, o al menos no en la medida de ser considerada una categorización aparte. Ante la pregunta explícita sobre la comida, no se profundizaba más allá de que fuera “caliente y suficiente”.

Cambiando de discusión, la encuesta a PSH que realizó el INE (2012) aseguraba que las PSH vivían episodios de soledad frecuentemente. Esto también lo aseguran otros investigadores (Bachiller, 2010; Cabrera, 1998; Muñoz et al., 2003)2008. De acuerdo a lo observado y a las respuestas de las entrevistas creemos que coinciden los resultados. Ahora, conforme a la propuesta de Arija y Herrero (1998) el trabajo con grupos ayuda a solventar la soledad que acarrea la realidad del sinhogarismo. De igual forma en Martín Giner & García Martín (2008)se narra la experiencia desde el punto de vista del viaje de transformación personal y social de las participantes. Por último se habla del equipo de coordinación como piedra angular del proyecto, destacando la importancia de la supervisión a la hora de realizar un trabajo con calidad. A través de la experiencia se revela una forma de trabajo social integral, que aúna lo individual, grupal y comunitario. Se destaca el enorme potencial del trabajo social con grupos como instrumento capaz de facilitar la creación de vínculos, el desarrollo de redes sociales, promover la ayuda mutua y proporcionar un espacio de reflexión y aprendizaje, así como respaldar iniciativas grupales de los propios Martín Giner & García Martín, 2008 señalan que el trabajo con grupos ayuda a fortalecer las relaciones sociales solventando la situación de soledad de los miembros del grupo. En este aspecto, la literatura, coincide con los resultados obtenidos. La posibilidad de pertenecer a un lugar, realizar tareas juntos –incluyendo el comer, limpiar, adecuar y arreglar espacios, como es el caso- ayudan a configurar un lugar para el compartir de los participantes, disminuyendo su soledad y fortaleciendo las relaciones entre ellos y ellas.

Asimismo, distintos investigadores (Giacoman, 2016; Grignon, 2001; Marovelli, 2019) aseguran que el hecho de comer juntos fortalece el sentido de pertenencia de los involucrados. Visto de este modo los resultados coinciden. En distintos grados, se sienten pertenecientes al proyecto en Alucinos La Salle y lo expresan así, tanto verbal como empíricamente.

Pasando a otros resultados, Booth et al. (2018), entrevistaron a PSH y una de las demandas principales que tenían hacia los profesionales era que incrementaran su relación para con ellos más allá de sólo “pasar el plato caliente”. De acuerdo con los resultados de ésta investigación se coincide con este deseo de relación entre profesionales y participantes. Algunas de las actividades que hacen los técnicos que se rescatan por los demás participantes son: la fraternidad al compartir los alimentos, la organización de la documentación para diversos trámites, y los recordatorios de eventos importantes o compromisos.

Continuando con la discusión anterior también se conoce que muchas personas que participan de comedores sociales se sienten infantilizados ante las conductas paternalistas de muchos de los profesionales para con ellos (Booth et al., 2018). En este sentido, y tras lo visto en las observaciones participantes y lo registrado en las entrevistas en profundidad la literatura coincide, aunque con algunos matices. Dentro del comedor colaborativo existen casos particulares en donde los participantes buscan su propia emancipación para salir de la situación en la que están, estando en consonancia con lo que sugiere la literatura. Por otro lado, también es de notar que otros miembros se acomodan en una situación de dependencia bajo la sombra de los profesionales. Como se pudo constatar con las distintas significaciones de lo que es “colaborar”. Bajo estas premisas es necesario seguir investigando esta situación dentro de los modelos de comedores colaborativos.

Pasando a otro tema, surge de forma interesante el cuidado y atención al espacio físico para facilitar el encuentro de los comensales. Muñoz et al. (2003) señalan que una de las principales formas para intervenir con éxito cuando se trabaja con PSH es la dignificación de la persona. Esto se veía reflejado en el respeto que tienen a los lugares de convivencia dentro del comedor colaborativo: el aseo personal, las reglas de urbanidad, son sólo algunos ejemplos. Del mismo modo Bachiller (2013) especifica que entre las atribuciones al hogar que realizan las mismas PSH una importante es el de lugar de referencia, un lugar desde donde se ve y se

lee el mundo exterior. Es así como, ante la imposibilidad de ofrecerles un hogar domiciliado a cada uno de los participantes, el cuidado de las áreas comunes que evocan espacios privados –como lo es un comedor, por ejemplo– puede ayudar a la reconstrucción de la integración social de dichas personas.

Siguiendo esta misma reflexión Marovelli (2019) enuncia la importancia de utilizar en los espacios públicos (como un comedor social) alusiones al espacio privado (hogar) para facilitar el encuentro entre los comensales. Por tal motivo, la literatura coincide, ya que en Arima Abuba también encuentran un apoyo en la “hogarificación”⁵ de los espacios comunes.

Llegados a este punto también se hace mención de que el número reducido de participantes facilitan el encuentro entre los comensales. Actualmente y según lo revisado, los recursos para PSH están mayormente centrados en el asistencialismo en lugares y espacios de mucha confluencia. Sobre este punto Cabrera & Rubio (2009) ya apuntaban orientaciones al respecto, sugiriendo para la intervención, lugares con menor número de personas. Los comensales mencionaron la importancia de que fuera un sitio de encuentro, sin ser masificado.

Para finalizar con este apartado de discusión, parece pertinente señalar la oportunidad que los sujetos tienen para colaborar. De entre las cuestiones más innovadoras del proyecto es pensar la colaboración como oportunidad y no como obligación. Referente a ello Zamanillo rescata que:

“tú eres tú y tienes tus necesidades; yo soy yo y tengo las mías; ambos tenemos que reconocernos y respetarnos como sujetos que tienen el poder de dirigir su vida sin dejarse presionar ni dirigir por el otro. También hemos de aprender a saber cuáles de esas necesidades nos las puede compensar el otro y cuáles nos pertenecen y hemos de hacernos cargo de ellas. Esa es la base de la complementariedad entre personas.” (2018: 209).

Esta colaboración, que se presenta como oportunidad es una pieza clave en el reconocimiento y concienciación de la propia persona ante sus problemas y la forma de solucionarlos. De la misma forma, este sentido de oportunidad por encima

5 Concepto utilizado por S. Bachiller (2013)

del de la obligatoriedad, recuerda a Freire (2009) cuando insiste en que los sujetos deben saber que son capaces de hacer cultura, es decir de pertenecer y de intervenir en el mundo que los rodea para poder transformarlo.

Conclusiones

Las necesidades de las PSH son muchas y muy variadas, ellas mismas lo expresan de distintas formas. Con lo visto en este estudio, la alimentación no es la principal carencia que tienen. Es, en todo caso, una de ellas. Lo describo así porque se encuentran con relativa frecuencia recursos para las PSH que se centran en la alimentación solamente, como si el hecho de tener el estómago lleno fuera a reestablecer su deteriorado tejido social.

El encuentro entre personas ha resultado ser mucho más importante para ellos y ellas que lo meramente alimenticio. Esto tendría que sugerir algo para entender la complicada situación de las PSH y las necesidades reales de este colectivo. Ellos y ellas han puesto –nunca mejor dicho– sobre la mesa, las cuestiones que en verdad valoran, y una de ellas es el tener la oportunidad de relacionarse con los demás en planos de igualdad. Esta relación aparece como no idealizada, cercana, de reconocimiento propio y grupal. Lograr utilizar un recurso de primera necesidad, como lo es un comedor, y transformarlo en un lugar de encuentro para sus participantes, es sin duda, una práctica transformadora en la intervención socioeducativa con PSH.

Continuando con este tema, es importante matizar la idea anterior ya que, también se conoce que de no haber alimento (o algún proyecto/recurso dentro de la Asociación que involucrara comida), la intervención social no sería ni remotamente cercana a lo que es ahora. Quizá muchos de los participantes no asistirían al recurso; aunque tampoco se puede tener completa certeza. No es que la comida deje de ser importante, ya que es la razón de que muchos de los participantes lleguen ahí, sino que no tiene la misma importancia cuando se compara con las relaciones sociales y la cercanía. Es un factor necesario, tan necesario como la amistad, la pertenencia y la socialización.

Otro aspecto transformador que surgió en los resultados fue la libertad que la Asociación profesa hacia los participantes, traducida en la oportunidad –y no obligación- que se da a las personas para colaborar. Este derecho, ejercido por algunos que no por todos, es otra clave en la intervención dentro de este comedor colaborativo. Esto permite que las personas sean conscientes de que pueden influir y afectar el mundo que les rodea sin ser obligadas a hacerlo. Pensando en cada uno de los participantes, la situación sin hogar hace justamente lo contrario, deteriora el sentido comunitario (social), de compromiso que cada individuo tiene, y mantiene al margen de la sociedad a aquellos que por las más diversas razones no han sorteado con éxito los golpes de la vida. El comedor colaborativo Arima Abuba ha creado desde sus inicios, no un espacio para comer, sino un espacio para ser ciudadanos plenos.

Asimismo, el fenómeno comensal, permite desdibujar las barreras y fronteras profesional-usuario que en muchos recursos aparecen como inamovibles y rígidas. Es un aspecto transformador porque ayuda a los participantes a sentir (y sentirse) reconocidos por los demás, en particular por personas de referencia para ellos y ellas. El ejercicio mismo de comer juntos se encarga de esto. Juntos sentados a la misma mesa, los sujetos son iguales. Por otro lado, esta frontera resignificada, logra que los técnicos (educadores sociales, trabajadores sociales, mediadores) tengan distintas oportunidades para apoyar y acercarse a las personas con las que intervienen desde otros caminos profesionales.

Del mismo modo, mucho tiene que ver el ambiente general de la Asociación para lograr esto. Así también, la derivación a otros proyectos o profesionales (dentro de la misma Asociación) se facilita y agiliza para los comensales. Los participantes, al tener una relación más cercana con las personas de referencia, acceden mejor al acompañamiento en otras facetas de su vida, como lo es: las ayudas económicas, la tramitación de documentos, reconstrucción de red social (familia y amigos), intervenciones psicológicas, formación sociolaboral, etc.

Existen también cuestiones que deben ser abordadas con detenimiento. Al ser flexible el concepto de colaboración en el proyecto, existe el riesgo de que se pueda fomentar en algunos sujetos la dependencia a la institución o a los profesionales. Varios casos de personas que no colaboraban, creando en algunas ocasiones malestar en los participantes que sí lo hacían, eran resultado de esto. Cuando esta

flexibilidad fomenta la dependencia de los participantes entonces se convierte en una barrera que limita la intervención social porque impide que los sujetos sean conscientes de su condición de personas activas, de alguna forma los infantiliza.

Por otro lado, la colaboración, el encuentro y las relaciones sociales son beneficiosas para todos los sujetos que viven y sufren la exclusión social, pero actualmente con los profesionales que cuenta la Asociación y los recursos del proyecto es más pertinente revisar el ingreso de determinados perfiles. Esto para cuidar y atender mejor tanto el recurso como a los sujetos mismos. Existen perfiles de personas que requieren mayor atención profesional debido a una carencia de autonomía básica en su mismo desarrollo. Se podría decir a este punto que es pertinente tomar entre las variables para la selección de futuros candidatos un cierto sentido de autonomía. Con todo, no se puede atender este apartado tan certeramente ya que no hay información suficiente para ello.

En suma, las prácticas que se realizan en el comedor colaborativo Arima Abuba ayudan a los sujetos de diferentes formas. De manera particular, aquellas que potencian las relaciones sociales, la restructuración del tejido social de los participantes y las que permiten un acompañamiento más cercano y humano por parte de los profesionales. Esto dignifica la situación personal de muchos de los participantes que cruzan la puerta de Taconera 19.

Finalizamos esta contribución con una última situación sobre la investigación. Como resultado de la actual pandemia (COVID-19) algunos participantes del comedor colaborativo Arima Abuba, han estado colaborando activamente para solventar la inseguridad alimenticia de los vecinos. El barrio de San Fermín ha sufrido hambre, y han sido las mismas PSH de Arima Abuba las que han organizado en su mayoría el banco de alimentos desde los espacios que antiguamente eran el comedor colaborativo, siempre acompañados por alguien de Alucinos La Salle. Esto es una constatación de lo lejos que se puede llegar cuando se traspasan antiguas formas de intervenir y se pone dignamente la mesa y el mantel.

Referencias

- Arias Gonzáles, B., Mingo Hambrona, A., & García López, R. (2004). Respuestas para las PSH : desde la inactividad al empleo. *Educación Social : Revista de Intervención Socioeducativa*, 27, 81–96. <https://www.raco.cat/index.php/EducacioSocial/article/view/165459/397410>
- Arija, B., & Herrero, I. (1998). Trabajo social de grupo con personas sin hogar: de la soledad al vínculo. *Cuadernos de Trabajo Social*, 11(11), 181–202. <https://doi.org/10.5209/CUTS.9088>
- Bachiller, S. (2010). Exclusión, aislamiento social y personas sin hogar. Aportes desde el método etnográfico. *Zerbitzuan. Revista de Servicios Sociales*, 47, 63–73.
- Bachiller, S. (2013). Un análisis etnográfico sobre las personas en situación de calle y los sentidos del hogar. *Sociedade e Cultura*, 16(1), 81–90. Redalyc
- Baptista, C. M., Herrera, G. E., & Piedrahíta, L. Z. (2017). Entre el hogar y el asfalto: Relatos y experiencia de vida de habitantes en condición de calle. *Revista Lasallista de Investigacion*, 14(2), 65–72. <https://doi.org/10.22507/rli.v14n2a6>
- Booth, S., Begley, A., Mackintosh, B., Kerr, D. A., Jancey, J., Caraher, M., Whelan, J., & Pollard, C. M. (2018). Gratitude , resignation and the desire for dignity : lived experience of food charity recipients and their recommendations for improvement , Perth , Western Australia. *Public Health Nutrition*, 1–11. <https://doi.org/10.1017/S1368980018001428>
- Cabrera, P. J. (1998). *Huespedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Universidad Pontificia de Comillas.
- Cabrera, P. J., & Rubio, M. J. (2009). Las personas sin hogar, hoy. *Revista Del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, 75, 51–75.
- Comunidad de Madrid. (2016). *Plan de inclusión de personas sin hogar de la Co-*

munidad de Madrid. <http://www.madrid.org/bvirtual/BVCM014006.pdf>

Comunidad de Madrid. (2019). Informe IX recuento de personas sin hogar en Madrid. In *Comunidad de Madrid*. [https://www.madrid.es/UnidadesDescentralizadas/IntegracionyEmergenciaSocial/SAMUR Social/ficheros/INFORME RECUESTO 2018_FINAL.pdf](https://www.madrid.es/UnidadesDescentralizadas/IntegracionyEmergenciaSocial/SAMUR%20Social/ficheros/INFORME%20RECUESTO%202018_FINAL.pdf)

De la Fuente Roldán, I. N. (2016). *Las personas “sin hogar” en la ciudad de Madrid: un análisis de los nuevos procesos de desigualdad social en el marco de las sociedades en transformación*. [Universidad Complutense de Madrid]. <https://eprints.ucm.es/46036/1/T39505.pdf>

Escribano, E. (2014). *Personas sin Hogar y Exclusión Social. Aproximación desde la Bioética* [Universidad Pontificia de Comillas]. <https://repositorio.comillas.edu/jspui/bitstream/11531/2757/1/TFM000050.pdf>

Fischler, C. (1995). *El (h)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Anagrama.

Fischler, C. (2011). Commensality, society and culture. *Social Science Information*, 50(3–4), 528–548. <https://doi.org/10.1177/0539018411413963>

Freire, P. (2009). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI.

Giacoman, C. (2016). The dimensions and role of commensality: A theoretical model drawn from the significance of communal eating among adults in Santiago, Chile. *Appetite*, 107, 460–470. <https://doi.org/10.1016/j.appet.2016.08.116>

Gómez, A., Siles, G., & Tejedor, M. (2012). Contribuyendo a la Transformación Social a través de la Metodología Comunicativa de Investigación. *Qualitative Research in Education*, 1(1), 36–57. <https://doi.org/10.4471/qre.2012.02>

Grignon, C. (2001). Commensality and Social Morphology. An essay of typology. In P. Scholliers (Ed.), *Food, Drink and Identity. Cooking, Eating and Drinking in Europe since the Middle Ages* (pp. 23–33). Berg. <https://doi.org/10.1177/146954050300300112>

- Instituto Nacional de Estadística. (2012). *Encuesta a las personas sin hogar*. <https://www.ine.es/prensa/np761.pdf>
- Kraemer, F. B., & Arnaiz, M. G. (2015). Alimentarse o nutrirse en un comedor social en España: reflexiones sobre la comensalidad. *DEMETRA: Alimentação, Nutrição & Saúde*, 10(3), 455–466. <https://doi.org/10.12957/demetra.2015.16173>
- Marovelli, B. (2019). Cooking and eating together in London: Food sharing initiatives as collective spaces of encounter. *Geoforum*, 99(September 2018), 190–201. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2018.09.006>
- Martín Giner, Á., & García Martín, L. (2008). El grupo como viaje de transformación personal y social. *Cuadernos de Trabajo Social*, 21, 43–61. <https://doi.org/10.5209/CUTS.8366>
- Muñoz, M., Vázquez, C., & Vázquez, J. J. (2003). *Los límites de la exclusión. Estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Ediciones Témpora.
- Sánchez, M. del R. (2017). Las Personas “Sin Hogar”. Un marco para el análisis sociológico. *Obets. Revista de Ciencias Sociales*, 12(1), 119–143. <https://doi.org/10.14198/OBETS2017.12.1.05>
- Vázquez, J. J. (2001). *Recursos básicos de atención a las personas sin hogar (PSH) en Madrid: La perspectiva de los usuarios*. Universidad Complutense de Madrid.
- Zamanillo, T. (2018). *Epistemología del Trabajo Social. De la evidencia empírica a la exigencia teórica*. Ediciones Complutense.